



VÍCTIMAS INOCENTES

HABÉIS visto en esas crudas noches de invierno, al retiraros á vuestro lecho, un niño arrinconado en el quicio de un portal, tiritando de frío y procurando en vano apartar de la lluvia sus menudos pies?

Aquella voz débil con que implora generoso apoyo, semejando el último gemido de una agonía cruel, ¿no ha inculcado en vuestro pensamiento dolorosas reflexiones? ¡Oh, sí; no hay alma tan despiadada que no se sienta estremecida de pena ante espectáculo tan sensible como por desgracia frecuente!

Aquel niño ha tenido padres como todos los demás seres; padres que han desaparecido de la tierra ó le han abandonado en medio del revuelto fango de la vida.

¡Qué amargas son las lágrimas que le arranca el frío de la noche! Ni aún tiene el pobre desvalido un trozo de lienzo con que secárselas.

¡La madre que le albergara en sus entrañas no le oprime sobre su seno para prestarle su calor!

Más de un transeunte, al contemplar su desnudez, siente helarse la sangre en sus venas, sube más el embozo de la capa y no se decide á sacar la mano para alargarle una moneda, temeroso de que la lluvia ó la nieve estropee su cutis ó atarace sus nervios.

Aquella es la perpétua cama del niño: un lodazal de barro por lecho y una piedra por cabecera; y tal es su dolor y tanto llora, que acaso la almohada llegará por fin á taladrarse.

Así pasa una noche, dos, un mes, años enteros, y solamente encuentra algún descanso cuando la benéfica policía, tal vez por compasión, le conduce á uno de esos lugares llamados Prevenciones, ó bien á la cárcel pública, de donde después es conducido de pareja en pareja por caminos y carreteras, cuyas piedras ensangrientan y deshacen los tiernos pies de aquella extenuada criatura.

—¡Madre! ¡Madre mía! — murmura de vez en cuando — ¿por qué no vienes á ampararme?

Y su profundo martirio se hace más terrible cuando ve pasar á su lado una robusta campesina acariciando y besando otro niño parecido á él.

Todos estos detalles del desvalimiento se pierden en la indiferencia del egoísmo, y no perturban la paz de las familias encerradas en su caliente hogar, disfrutando los goces del amor y los beneficios que hasta los perros tienen derecho á compartir con el hombre.

Pero cuadro tal, abandono social tan punible, ¿ha de ser eterno? No hay razón alguna que lo disculpe, y en cambio, hay muchas que reclaman un pronto y eficaz remedio que arranque y salve tantas víctimas del abandono.

Llamar la atención sobre ello es nuestro firme propósito; no cejar un punto de requerir al Estado, padre de todos los ciudadanos, para que vuelva de una vez su mirada compasiva al niño desvalido y le ponga en vías de cruzar dignamente el áspero sendero de la vida, llena de sinsabores y abismos, es la misión que nos hemos impuesto.

Procuraremos, por cuantos medios estén á nuestro alcance, llegar al buen resultado de nuestro objeto, cumpliendo con el deber de hacer algo por la humanidad, amparando al niño desvalido.

† LUIS VEGA - REY



LA PRIMAVERA

UN día se me ocurrió — prevalido del permiso superior de que disfrutaba de inquirir cuanto en gana me viniera — recorrer el Palacio de las Estaciones, que se levanta en una de las regiones más agradables del país de la Imaginación.

Satisface mi curiosidad; pude contemplar de cerca las habitaciones lujosas y tapizadas de triple alfombra del Invierno. A mi sabor examiné los jardines maravillosos, cubiertos de flores y frutos, por los que pasea el Verano en un traje que nada tiene que envidiar á nuestro progenitor Adán, como no sea la hoja de parra. Me extasié buen rato ante las habitaciones coquetuelas del Otoño y trabé conversación con el propio interesado, conversación que quizá algún día revelaré en forma de verídica interview.

Iba á salir ya del Palacio de las Estaciones, satisfecho é instruido, en lo que cabe, cuando se me ocurrió preguntar á mi amable cicerone por la Primavera. —No le he hecho pasar, —por que actualmente está la pobre muy atareada y temo que la estorbemos.

—¿En qué se ocupa esa señora? —pregunté asombrado.

—¿Olvida usted acaso que dentro de breves días ha de salir á escena?

—Es verdad; pero no quiero desaprovechar ocasión tan oportuna. Le ruego que me lleve á presencia de la Primavera.

Echamos á andar, y por el camino mi amable guía me dijo:

—Paréceme que se ha de arrepentir usted de su curiosidad.

—¿Por qué?

—Porque ya sabe usted que analizando de cerca las cosas se pierden muchas ilusiones.

—¡Bah! ¿No he visto acaso mil veces los encantos de la Primavera? ¿Querrá usted hacerme creer que la realidad no superará á la ilusión?

—Mi guía murmuró unas palabras que sin duda le sugería su mal humor y, de pronto, señalando una puerta, me dijo:

—Puede usted pasar; ahí está la Primavera.

Penetré en una habitación más perfumada que tienda de peluquero.

Sentada en un diván, con un pincelito en la mano izquierda y una borla de darse polvos en la derecha, estaba una viejecita, llena la cara de afeites y el cuerpo de alifafes.

—Dispense usted, señora, — dije, después de haberla examinado; — sin duda me equivoqué.

—¿Por quién pregunta?

—Deseaba ver á la señorita Primavera, y...

—Servidora de usted, — contestó la bruja.

Quedé de piedra. Ella, que vió mi asombro, soltó una carcajada, y dijo:

—¡Ya, ya comprendo! Pero imagine usted, hombre de Dios, que cuento ya muchos siglos de existencia, y que la juventud no dura eternamente. Como todas las cosas, estoy sujeta á cambios, y en mí, como en todo, la ilusión de los demás es lo que me presta encantos.

Y al decir esto sonrió y su sonrisa resultó horrible mueca de su boca desdentada.

No quise ver ni oír más. Y desde entonces miro con desconfianza los encantos de la Primavera. —***

EL PATRÓN DE ESPAÑA

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS)

SANTIAGO y Juan, llamados por Jesucristo á la predicación del cristianismo, eleváronse bien pronto, de humildes pescadores de Galilea, á Santiago Apóstol y San Juan Evangelista.

Según la tradición, á la muerte de su divino Maestro embarcóse Santiago en el puerto de Joppe, viniendo á predicar el Evangelio á España, y especialmente á Galicia, donde nombró por obispos de Lugo y Orense á sus discípulos Capiton y Arcadio. De vuelta á Judea el tirano Herodes Agripa, á instigación de los judíos, le mandó degollar el año 44. Algunos de sus discípulos, condecorados de su grande amor á España, lograron traer su cuerpo á la Península, depositándolo en Compostela, en cuyo lugar le descubrieron el obispo Teodomiro y el rey Don Alfonso el Casto, quienes se apresuraron á levantar, al pie de su sepulcro, la ciudad de Santiago, trasladando á ella la silla episcopal de Teodomiro, *Iria Flavia* (Padrón). Bien pronto se extendió su culto, pasando de Galicia á España y de España á Europa, por todo el orbe cristiano, y su sepulcro fué objeto de una peregrinación, —dice el señor Murguía, — que diariamente traía á Santiago y á España los conocimientos, las ideas, las pasiones y los ecos de aquella Europa que se estaba formando.

Ramiro I, al heredar el trono de Alfonso, tiene que luchar contra las conspiraciones de los condes palatinos Nepociano y Aldroito y del prócer de Asturias, Piniolo, á los que vence y castiga duramente; contra la invasión de los bárbaros, que logró derrotar, arrojándolos de Galicia; y contra el poder del rey moro Abderrahman, que era inmenso.

En tan grave situación, en una época en que la fe lo era todo, luchando con dos pueblos dos religiones, la cruz y la media luna, sin ejércitos para realizar la grande obra de la Reconquista era preciso hallar una fuerza, un poder, siquiera fuese sobrenatural, para combatir y vencer.

Pero ¿dónde encontrarle?

Según el arzobispo don Rodrigo, Ramiro I marchó con el ejército cristiano al encuentro de Abderrahman, hallándole en Albelda, cerca de Logroño, reforzado por los moros de España y Marruecos. Trábase la batalla, ésta fué desgraciada para los soldados cristianos y el Monarca se retiró á llorar su infortunio al vecino cerro de Clavijo. Aquella noche, y en medio del sueño, se le apareció el apóstol Santiago y le alentó para volver á la pelea al siguiente día, seguro de vencer, *pues el mismo iba á combatir á la cabeza del ejército de la cruz*. Atónito Ramiro, apenas amaneció comunicó lo que le había acontecido á los prelados, nobles y soldados y, locos todos de alegría, recibieron los Santos Sacramentos y comenzaron la batalla á los gritos de *¡Santiago! ¡Cierra España!*, costumbre que quedó desde aquel día al entrar en combate. Apenas comenzada la sangrienta lucha, aparece por los aires un arrogante guerrero, montado sobre un caballo blanco, que dirige la pelea, se bate delante de todos, y al golpe de su terrible espada hace caer por cientos y por miles á los africanos, que huyen despavoridos.

El eminente artista don José Casado pintó, para la Iglesia de San Francisco el Grande, aquel sublime instante, en el hermoso fresco que reproducimos, y que tantas y tan justas alabanzas le conquistó.

Por aquel triunfo, tan grande y completo como inesperado, el rey Don Ramiro otorgó el llamado *Voto de Santiago*, — tan combatido después, hasta el punto de que las Cortes de Cádiz de 1810 le abolieron, á petición de muchos pueblos y ciudades. — Voto según el cual España entera debía pagar, anualmente á la iglesia de Santiago, cierta medida de los primeros y mejores frutos de todas las cosechas; ofreció igualmente al Santo Apóstol una parte del botín que se cogiera en las expediciones contra los moros; y ordenó fuese contado como el primer soldado de caballería de los ejércitos cristianos.

Superstición ó política, — escribe el conde de Fabraquer, — el sueño de Ramiro debía ser uno de los principales elementos de la Reconquista, dando á nuestra patria muchos días de gloria.

Con efecto, á partir de este supremo instante Santiago, declarado patrón de España, sería el genio tutelar de la Península, y con su nombre por escudo y por bandera ganáronse las principales batallas contra la morisma. No volverá á aparecer en los aires, pero nuestros soldados lo llevarán en su mente y lo sentirán en su corazón. Invisible, ó visible irá siempre con los guerreros de la cruz, con ellos peleará y por él lograrán el triunfo.

El prodigio, la fuerza, el milagro que Ramiro buscaba se había realizado. ¿Alguno le aconsejó el relato del sueño y de la aparición? ¿Fué inspiración suya? ¿Se vió en efecto? Lo ignoramos. Lo indudable es que el Apóstol Santiago fué en adelante la espada que debía triunfar de los árabes invasores.

En Osmá, luchará Santiago al lado de los Reyes de León y Navarra y del conde de Castilla, derrotando al feroz Almanzor la sola invocación de su glorioso nombre.

En las Navas, peleará junto á los Monarcas de Aragón, Castilla y Navarra, y al grito mágico de *¡Santiago y cierra España!* caerá vencido el emir Miramolin con sus poderosas y aguerridas huestes.

En el Salado, prestará el apoyo de su invencible espada á los Reyes de Castilla y Portugal contra los de Granada y Marruecos, á los que obligará á huir, cerrando para siempre á las tropas moras la entrada en la Península.

¿Cómo extrañar que á cada nuevo triunfo creciera la fe en el Apóstol Santiago!

Santiago, apellidado por el mismo Jesús el *hijo del trueno*, fué en nuestra patria el rayo de la guerra.

Podrá el Apóstol Santiago haber nacido en Galilea, mas España le tendrá



LA APARICIÓN DE SANTIAGO APÓSTOL EN LA BATALLA DE CLAVIJO

siempre por su hijo predilecto, le proclamará su patrón, instituirá una Orden Militar en su honor, la Iglesia le ofrecerá sus sagrados cultos, el guerrero las inmortales palmas de la victoria, las artes los primores de la paleta y del cincel, los poetas las galas de su peregrino ingenio, el pueblo sus fervientes oraciones.

Y el nombre de Santiago se invocará, no sólo para lograr la independencia, sí que también para reconquistar la libertad. Así, de igual manera que el gran capitán Gonzalo de Córdoba gritará contra los moros de Granada *¡Santiago y cierra España!*, Juan de Padilla gritará en los campos de Villalar *¡Santiago y libertad!*

Es inútil que la crítica se empeñe en destruir el sueño de Ramiro, y en negar la batalla y el triunfo de Clavijo, porque, como dijo el inolvidable Castelar, la leyenda y la poesía son en muchas ocasiones más verdaderas que la historia.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS



Orlado por GASPARD CAMPS.

AMOR POEMA ORIGINAL DE SALVADA CARRERA



CANTO CUARTO

El tiempo vuela rápido y en su veloz carrera rastros de sus huellas extiende por doquier; otoño, en triunfal carro, recorre la pradera, se escuchan los lamentos del aura plañidera, las hojas de los árboles empiezan a caer.

Agrúpanse las nubes, enréspanse los mares, el ave busca el nido que á intento fabricó, se van las golondrinas de nuevo á sus hogares, se van las ilusiones, dejando los pesares;... las golondrinas vuelven, ¡las ilusiones, no!

Al borde de un ribazo abrupto y pedregoso, bajo la espesa copa de encina secular, se acoge con sus hijos un padre cariñoso, pidiéndole al ramaje les guarde del copioso torrente que los cielos arrojan sin cesar.

Ajenos á las iras de nube pasajera, buscaban en los campos tendidos á sus pies la amante madre selva, la verde enredadera, la tierna pasionaria, la célica palmera, el álamo gigante y el fúnebre ciprés.

Cual vino la tormenta se corre avergonzada, huyendo las miradas del astro celestial; regresa presuroso el padre á su morada y entrega de sus brazos la carga idolatrada á la intranquila esposa que espera en el umbral.

Se mezclan las caricias; la madre inicia un beso que á un tiempo los dos ángeles procuran recoger y locos de alegría devuelven con exceso: ¡comunidad de goces, dulcísimo embeleso que sólo á la familia le es dado conocer!

El iris que aparece, la tarde que declina á aquel conjunto prestan un tinte seductor: ¡cuán plácida y serena la noche se avecina! ¡con cuánto regocijo se siente ó se adivina que allí mora la dicha, que allí reina el amor!

No ya el amor volcánico de extenso y raudó vuelo, sino el que paz y calma pidió á la soledad; otoño laborioso, sembrando en fértil suelo las flores que, cuidadas con amoroso celo, perfumarán mañana su triste ancianidad.

Amor que de los años nutrido en la experiencia, comprende cuán sublime, cuán santa es su misión, y ve en el terso claro cristal de su conciencia lo que es la deleznable y frágil existencia, lo que es un desengaño, lo que las penas son.

Amor acrisolado, exento de egoísmo, que forma con los hijos las gradas de su altar y amante les enseña, juzgando por sí mismo, en dónde hay un escollo, en dónde está el abismo, la ley que seguir deben, los pasos que han de dar.

¡Dichosos habrán sido los que dejar merecen detrás de sí quien pueda su nombre bendecir! ¡felices los que en muerte renacen y florecen!... ¡los míseros que, aislados, sin hijos encanecen, ni viven, ni han vivido,... ni saben qué es vivir!

VÉASE LOS NÚMEROS 105, 109, 112 Y 115.



PRIMER PREMIO — ALEARDO VILLA (Milán).

AMOR

Carteles premiados en el Concurso Universal realizado en Buenos Aires por don Manuel Malagrida, propietario y fabricante de la marca de cigarrillos PARIS.